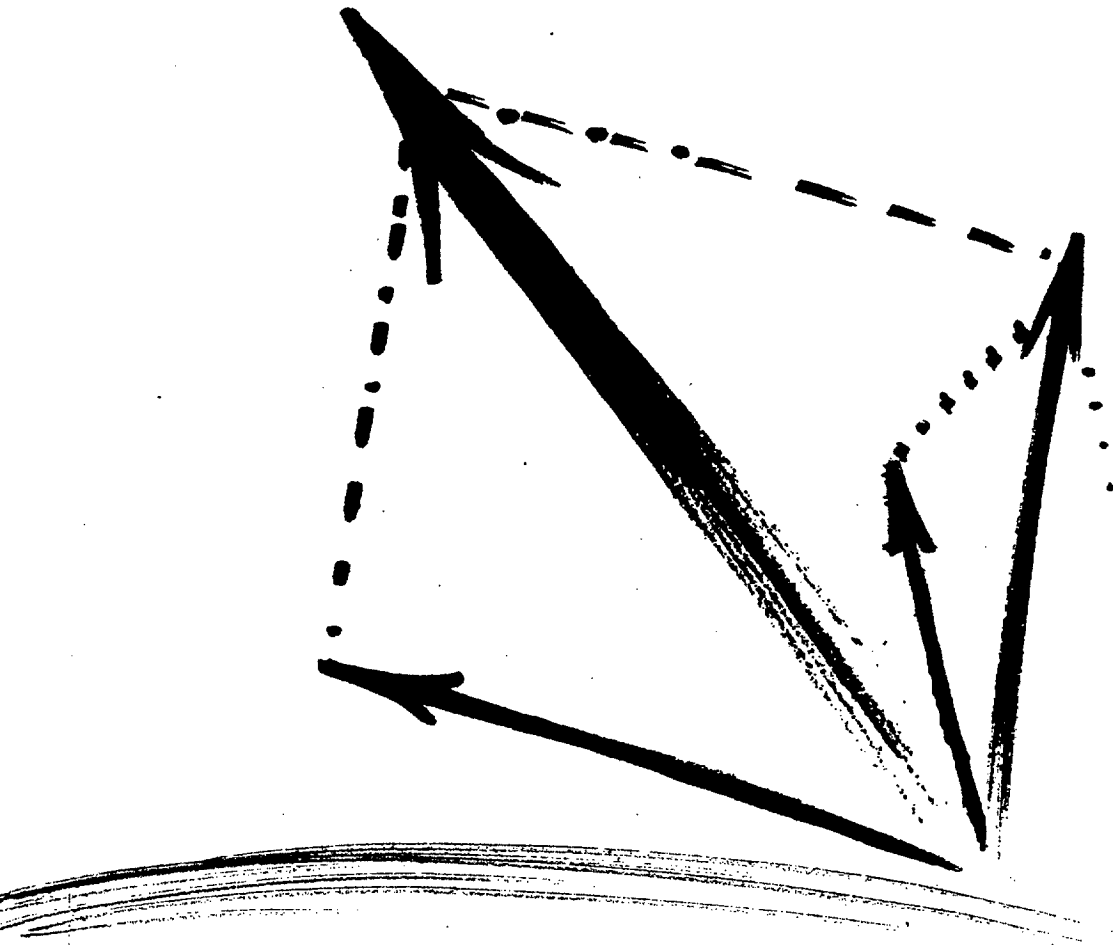


085808
Dpto de Información

Boletín mensual n° 38

ORGANIZACION

— " EL HAZ DE LAS FUERZAS ORGANICAS " —



CESEDEN

EL HAZ DE FUERZAS ORGANICAS

(Conferencia dada por el Excmo. Sr. Almirante Don Indalecio Nuñez Iglesias en el CESEDEN y Escuela Superior del Ejército el día 23 de abril de 1969)



Agosto - Septiembre. 1969

BOLETIN DE INFORMACION Núm. 38 - I

Nunca supe pontificar.

No es pontificar, ni siquiera enseñar algo, el exponer una mi preocupación - que me alienta a reflexionar, desde que orgulloso, tuve mi primer mando de mar, en la ya tan apartada época de la Guerra de las Sardinias, guerra fría que algunas noches, con luces apagadas, se calentaba hasta la ebullición, con cañonazos disparados sabe Dios por quién, aunque sospechamos fuese la imprudencia, que aplicaba la mecha a - oídos que no podían escuchar, ya que sabíamos -nos lo enseñó Inglaterra- que las guerras no se declaran, sino empiezan.

Y nadie estaba dispuesto a empezarla: el presunto enemigo era el querido y admirado hermano Portugal.

En aquel entonces, como ahora, estábamos penetrados del concepto de Poder y algo sabíamos de Poderes; lo que sin duda ignorábamos eran los de Saber y de Querer que con el otro, forman la trilogía, nuestra amada y vieja trilogía que ahora se - enmascara con palabras rimbombantes de perfil pedantesco.

Pensábamos entonces y sería un infortunio que lo siguiésemos pensando, que - el Poder sólo lo da la fuerza material, y sin hacer juegos de palabras con el Derecho, vivíamos de las enseñanzas de lo que ahora se llama Primera Guerra Mundial y entonces Europea, donde toda violación y todo atropello de las leyes internacionales tuvo su

asiento, como lo tuvo en la Segunda, en la que para escribir una carta de Soria a Tenerife, a lo mejor de amor, era forzoso someterla a la censura de Su Graciosa Majestad - Británica.

Aquella fuerza que confería el Poder, jamás la habíamos sufrido más que en el grado de amenaza, amenaza de catálogo registrada en los Anuarios Navales, que en nuestro argot llamamos Fighting, palabra la más destacada en el nombre con que se distribuye el mejor: Inglaterra tenía demasiados acorazados pre-dreadnoughts, dreadnoughts y super-dreadnoughts, como en la Segunda dispuso Norteamérica de muchos más portaviones.

Los demás, en el papel, estábamos vencidos. Para nada valía la neutralidad, utópicamente amada y más utópicamente protegida por sinnúmero de Tratados y Convenios; resultaban inútiles las sesudas definiciones de aguas territoriales, aguas fiscales, - aguas jurisdiccionales... Preferíamos, por bastante más claras, las aguas minerales con bolitas o sin ella.

.... y allá en el Sur, la bahía de Algeciras, al caer granadas en Torre Almirante, nos producía hemotjsis desauciadas.

La Fuerza, lo sabéis todos mejor que yo, no era eso; no era esa especie de Papeles de Soldados de Paluzié; no era tampoco la que mostraba el Cabo Comandante del Puesto de Carabineros, bigote y barboquejo, cuando pronunciaba el respetuoso "Sin novedad en la fuerza", al frente de cuatro capas y cuatro roses de hule, con soles en el - cuello, que se llamaban números: Nunca supimos qué hacer, cuando visitamos la aldea pescadora con olor a algas, con el número que puso a nuestra disposición el Cabo Comandante del Puesto.

Tampoco eran Fuerzas, aunque las prestigiara el plural, el conjunto maravilloso que desfilaba "con la marcialidad acostumbrada", en aquellas inefables Juras de Bandera, solemnes para todo el pueblo, no como ahora, que son solemnes sólo para nosotros, en el acicalado patio del cuartel, con la Celeste Patrona rodeada de gastadores.

¿Qué era entonces la Fuerza?. Era precisamente lo que no veíamos; era lo que llevaban dentro, y como nunca nos atrevimos a pedir al soldado que se desabrochase para contemplar su pecho de granito, ni nunca nos atrevimos a radiografiarlo para observar su corazón de hierro, vivíamos en la ignorancia de lo que en realidad era

.... aunque empezásemos a sospechar que no se trataba del catálogo de acorazados o de portaviones, ni de los brillantes uniformes de los lanceros y los húsares, sobre caballos piafantes en la revista; ni los de los dragones y cazadores, sobre serenos bridones en el desfile.

La Fuerza -lo aprendimos en la Mecánica Racional- era simplemente la resultante de tres componentes de apariencia sencilla y naturaleza diferente, una, la Material, la que se veía; las otras dos, la Moral y la Orgánica, eran las que se ocultaban.

¿Tres fuerzas simples? ¡ Sí.

En la trilogía clásica y venerada, la Fuerza Material es la de Poder vencer: Sin ella, el Poder se manifiesta imposible. La Fuerza Moral es la de Querer vencer, es la voluntad de vencer: la derrota, se ha dicho, no es más que la pérdida de voluntad de seguir luchando. La Fuerza Orgánica, por último, es la de Saber vencer: sin esta - sabiduría, la fuerza material -armamento y armadura- se convierte en bruta.

Por eso, la progresión de la victoria que tiene alas, en la batalla, comienza con un inteligente ataque desorganizador: las concentraciones iniciales del fuego contra los barcos insignias, contra los puestos de mando, de que tanto sabe la aviación al imponerlos Escala, Terminus o en un lugar de Alemania, así se justifican, porque destruidos, quedan las tropas desmandadas, que es lo mismo que desorganizadas: de aquí que se busque para los mandos la máxima protección, tanta que suelen durar -Hitler, - Mussolini - hasta el final, que puede ser inmortal o humillado, como el rey de Italia o el emperador del Japón; tanta, que muchos lo olvidan, aunque sepan que es más práctico matar a un capitán que a una docena de soldados, aunque el capitán sólo disponga de voz y los soldados de un par de ametralladoras, con las que nos están friendo.

Al ataque desorganizador sigue el desmoralizador: la tropa desmandada es fácil de desmoralizar, ya que ignora a donde acudir para protegerse del fuego, que es ahora lo único que preocupa, el fuego que se ha hecho dispersión para asustar a todos: Se dijo que llovían las balas; se dice que en nada se parece la lluvia, al chorro inicial de la manguera desorganizadora: Ahora es riego por aspersión, no encauzado por acequia.

Por último, la victoria que tiene alas, se nos posa en la mano al iniciar el ataque destructor, porque la tropa desmoralizada es sumamente fácil de destruir: es como tirar al blanco. Ante esto -estaba el campo sembrado de cadáveres- los fieros batallones arrojaron las armas y se entregaron como mansos corderos: "En el día de hoy cautivo y desarmado el Ejército Rojo". Más que batalla, era la ejecución de la victoria, como se le llamaba, locución más bella que el neogalicismo explotación del éxito.

Hemos citado a las tres fuerzas; las hemos calificado de simples y nada hay - más alejado de la verdad. Al referimos a la Material, afirmábamos que está compuesta de armamento y armadura, pero sabemos que en estos conceptos entran demasiados elementos para intentarlos resumir, desde el subfusil hasta el submarino Polaris o desde la pistola a la bomba termo-nuclear; lo mismo la armadura, que se extiende desde el casco al refugio y desde la vacuna a la coraza.

Si observamos al microscopio, con detenimiento, la fuerza moral de Querer y la orgánica de Saber, comprobaremos que tampoco son simples, sino haces, teorías de fuerzas que se dirigen, como las de frailes, a un único fin. Por eso es nuestro oficio religión; por eso se nos exige que rindamos culto a las virtudes, a todas las virtudes y no sólo a las castrenses, única manera de acrecentar las fuerzas orgánicas y morales.

La primera de estas últimas es el patriotismo, fuerza tan sorprendente, que sólo ella puede resolver problemas matemáticamente insolubles, como el de nuestra Guerra de la Independencia o nuestra guerra de Liberación. En técnica abstracta era en ambos casos la victoria imposible, por estar la Fuerza Material en manos del adversario, pero en ambos casos un patriotismo desgarrado, un chauvismo superior al de su propio inventor, dando el solo paso que dista lo ridículo de lo sublime, hizo el milagro.

No vamos a insistir. El tema nos impide referirnos al valor y al miedo, a la sobriedad y a la pobreza, sobre todo a la pobreza, esa fuerza moral, esa gran fuerza moral que siempre han poseído nuestros Ejércitos, tan combatida ahora por ese nivel - que se llama de vida.

Pero a propósito del patriotismo, ¿No es legal, en aras del patriotismo silenciar la Historia e incluso falsificarla, cuando la historia no es ejemplar?. ¿No les parece demasiado San Martín y demasiado Bolívar, en monumentos ecuestres invitando a la juventud a que sanmartínee o bolívaríee ultrajando a su bandera? ¿No encuentran demasiado Miranda, en una de las torres de Cuatro Torres de la Carraca y demasiado O'Higgins en el Cádiz de las Cortes, esperando a cualquier Riego que desmonte la expedición, mientras nos olvidamos de Don Mariano Álvarez de Castro, el que suprimió una palabra del Diccionario o Don Francisco Javier Castaños, el que era la primera batalla que ganaba, por citar sólo a alguno de sus contemporáneos?

En el haz de fuerzas orgánicas, la de mayor intensidad, la más destacable, la más luminosa, es la disciplina, concepto tan claro como confuso desde que hace un par de siglos, quizá menos, apareció en el Real Servicio la voz Doctrina, exigiendo Credo y más confuso todavía, desde que en tiempos presentes se presentó la locución Unidad de Pensamiento que llamamos Escuela y aplicamos a las obras de arte de caracteres comunes, porque como arte, nada tan bello como la batalla bien montada y mejor conducida.

Siempre que caemos en confusión -yo al menos- recurrimos a la autoridad de la Lengua, que en este caso nos confunde más, al definir que disciplina es doctrina y enseñanza; que doctrina es enseñanza; que escuela es doctrina y principios. Para salir del atolladero recurrimos a las etimologías y como éstas tampoco nos aclaran, buscamos fórmulas que se acomoden al criterio personal: Si éstas prosperan entre vosotros, mis queridos maestros en tantas cosas y mis queridos compañeros en tanto afán, me bañaré -confieso vanidoso- en agua de rosas.

Disciplina, su vieja forma Discipulina, su vieja raíz discípulo, es lo que se aprende y la práctica de lo aprendido, recibiendo enseñanza: Nos disciplinan, no nos disciplinamos. No cabe la formación autodidáctica; no cabe la docencia libre; no es posible desdeñar la práctica continua y constante de lo aprendido.

Pero hay que tener cuidado con el genio de un idioma que ha inventado lo disciplinado y lo disciplinario, ya que todo lo disciplinado es bueno y es malo todo lo dis

disciplinario, porque disciplinar vale tanto por aprender como por azotar, para hacer - bueno el principio de que la letra con sangre entra o para hacer mejor el precepto de que la disciplina debe exigirse por métodos disciplinarios, cuando los disciplinados - han fracasado en sus intentos de hacer penetrar el consciente en el subconsciente de los discípulos.

Doctrina, en cambio, la segunda fuerza orgánica, es lo que se enseña. También, como en disciplina, todo lo doctrinal es bueno y es malo todo lo doctrinario: Debemos siempre condenar a los doctrinarios para que no nos pase, por ejemplo, lo que le ocurrió al Ejército más doctrinado del orbe en cuestión de desembarcos, desde los tiempos de Roger de Flor y desde bastante antes, hasta los de los legionarios de Franco o hasta después, ejército que supo quemar las naves cuando invadió Méjico y ejército que supo construir las para invadir Perú. Los doctrinarios aceptaron gustosos la doctrina de imposibilidad de esta figura estratégica, nacida en los Dardanelos y quebrada en Alhucemas, como abrazaron después la contraria, engendrada en los mares del Pacífico por el Sol Naciente y sublimada por sus adversarios en las playas de Europa. Así aparecieron entre nosotros, junto a los "crafts" y los "ships", los "Mulberries A" y los "Mulberries B", que nunca fueron moras, porque es lo moro desembarco de pesadilla, aunque no sea en la costa de Granada. Y aparecieron las olas, que ya no eran barcadas, y las responsabilidades de mando compartido en los conjuntos y los buques de control primario y las zarandajas, sobre todo las zarandajas de que no hablo, para no caer en un doctrinarismo de signo opuesto o rendir culto a la doctrina vigente de dominio del mar, que tan hartos estais de oír.

Hablando de doctrina o retrocediendo de nuevo a la disciplina, no está de más el recordar que allá por el 1561, el año de Lanuza, ya fugado Antonio Pérez, - cuando Alejandro Famesio volvía a los campos de Francia por última vez, para ocupar París y un agotado rey de 64 años, no aspiraba más que al reposo en el Escorial, nos dijo Francisco Valdés:

"Siendo la milicia tan notable como es, ha de tener sus reglas y preceptos - de donde sale el arte militar; y como no se permite usar en público del ejercicio de - médico, ni letrado, ni teólogo, al que no ha estudiado en dichas facultades y sea docto en ellas, tampoco será bien que mande y gobieme el que no fuese docto en la disciplina militar. La cual disciplina sirve de leal consejero, de luz en medio de tinieblas, de guía en camino dudoso y dificultoso, principalmente si estribase en los generales fundamentos de prudencia y fuese acompañada con las artes liberales".

Repito las palabras lapidarias, no para utilizarlas como ornamento, que ya - no se estila, ni por su sonoridad de bronce de cañón antiguo, sino por la frase "tampoco será bien que mande y gobierne", frase que podemos reforzar con otra del egregio Villamartín, el jamás bastante ponderado Villamartín: "El carácter del mando nos da la disciplina, virtud -ahora diríamos orgánica- que en sí sólo circunscribe todas las - otras".

Porque ambos convierte en monomio, el trinomio Doctrina-Disciplina-Mando y porque así se justifica que consideremos al Mando como tercera de la fuerzas, en el haz de las orgánicas.

Con un Mando adjetivado de bueno, lo demás se nos dará por añadidura; ¡Ay de un ejército sin mandos!, o lo que es aún peor, con mandos malos. Por eso el problema del mando siempre preocupa, máxime porque su jerarquía es demasiado amplia, aun que para conclusiones pueda reducirse a sólo dos términos: los mandos subordinados, los de obediencia pasiva, y los mandos superiores, los que al parecer no obedecen más que al soplo divino de su inspiración disciplinada, siempre apoyada en su sabiduría doctrinal.

Los mandos subordinados somos todos, simplemente porque estamos incluidos en la jerarquía; los superiores, sólo los elegidos. ¿Porqué han de preocuparnos más que ellos que éstos?. Sencillamente porque los primeros somos la misma masa de los ejércitos, mientras que los mandos superiores están asistidos por su Estado Mayor, para Decisiones, y por sus Servicios, para la alimentación total de la campaña o batalla que dirigen.

La masa.

Cuando el material de guerra es el hombre, tal sucede en la Infantería, el problema del mando se simplifica bastante, porque los oficiales que manejan la fuerza material, encauzan la moral y mandan en la orgánica.

Podemos afirmar que nuestros soldados son magnífico material de guerra; podemos añadir que a las tres organizaciones españolas perfectas, las funciones de toros, la guardia civil y la lotería nacional, debe unirse la extraordinaria materia prima de nuestros aldeas, que el enemigo siempre vio, y es natural, como burgos podridos, y nuestros soldados, héroes impares porque se acrecen cuando nadie les ve; cuando sirven sin esperanza. Observándolos descubrió el carlismo, como consuelo, una gran verdad: Ante Dios no hay héroes anónimos.

La máxima admiración, la más emocionada de las admiraciones para nuestros soldados, sobre todo para los que los hemos visto luchar desde el Barranco del Lobo, - hasta la Victoria, treinta años de cuesta arriba angustiada, treinta años de experiencia, para formar una generación tan experimentada.

Nosotros hemos visto entrar en Gijón, por ejemplo, a los batallones de las Brigadas de Navarra. Recordaban a la infantería íbera de Aníbal después de Trasimeno, o aún mejor, después de Cannas, porque ya no existían las elefantearquías, ni siquiera una sola zootarquía para ayudar a la evocación. Todos con su Comandante, profesional de los que gustaban a Francisco Valdés, a la cabeza. Los demás oficiales eran provisionales, falangistas o simples practicantes de un deber autoimpuesto, reforzados con tal cual alférez procedente de suboficiales de las distintas Armas y Cuerpos.

Batallones con carácter propio, con carácter guerrero, no militar. Por eso recordaban a los fieros de Aníbal, más que a las marciales tropas de las paradas. Al verlos, como ante esta cátedra, sentí un respeto imponente; al verlos concluí que mientras dispusiésemos de comandantes de Infantería, continuaría la progresión del éxito siempre acelerada: Ejemplo claro y concreto de mandos subordinados. ¿Porqué estos excepcionales sabían, sin ayudas, disciplinar a sus hombres, desplegarlos, llevarlos al fuego con entusiasmo y ardor y sembrar heroísmo para cosechar laurel?

Porque la Infantería está bien jerarquizada: Las identidades sargento-pelotón, teniente-sección, capitán compañía, comandante-batallón y coronel-regimiento, son de perfecto equilibrio y rendimiento.

Pero ¿Y los demás?. ¿Valen estas isocotas o isobaras para los demás?. ¿Sabemos distinguir entre Capitán farmacéutico y Comandante farmacéutico?.

La culpa la tuvo la Música.

Los músicos son esclavos del material: Caso contrario no serían música sino orfeón. Pero esto no es malo, lo malo es que el clarinete lo toca un sargento, por lo que en ciencias exactas, si medimos las cotas o las presiones, concluiremos que clarinete es idéntico a pelotón.

El flotador más modesto de que disponía la Escuadra que tuve el honor de mandar, era el bombo de la música, patroneado por un sargento primero; los botes salvavidas no tenían tamaña importancia porque los patroneaban simples cabos; los cabos mandaban las ametralladoras antiaéreas, de bastante menos categoría militar que el requinto, soplado por un subteniente; la gran mayoría de los suboficiales de la plantilla de mi Estado Mayor, dedicaban sus afanes e inquietudes al saxofón tenor y al trombón segundo.

De tal sistema, y no soy un lince, deduje que era la música la creadora del - confusiónismo en las especialidades esclavas del material, jerarquizadas, porque cuando el material no es de carne y hueso, sino de acero; cuando alberga en su seno los más complicados instrumentos, englobados todos en la sublime y sibilina palabra electrónica; cuando cada instrumento necesita su especialidad y su especialista, nos vemos obligados a sacrificar nuestras jerarquías subordinadas al Asdic y al Sonar, tan importantes o más que el como inglés, tocado por un brigada; al Radar, muy superior y más caro que el oboe o al C.I.C., especie de banda donde se armonizan múltiples esferas y P.P. Is.

Así, con el progreso técnico, se va extendiendo la enfermedad epidémica de - las especialidades, que aportan parlas extrañas: Mientras los helicópteros están en hovering, preguntamos por la ETA de los destructores, que nos preocupa, aunque no sea criminal ni revolucionaria; cuando nos informan que el Radome se ha rajado, oímos por los altavoces, voces lúgubres que nos aconsejan.

Toda la oficialidad, esclava de las técnicas, se dedica a lo concreto. ¿Y la gente?. Aclaremos que nosotros, a la marinería del equipaje le llamamos gente.

Porque la oficialidad se ha inventado hace muchos siglos con el exclusivo fin de disciplinar, y aquí el término abarca moralizar, organizar, mandar, gobernar y utilizar a la gente; como en Infantería; como en todas las Armas y Cuerpos constituidos por masas de hombres.

Si los oficiales tienen otra dedicación; si se les impone otras obligaciones y se les fomenta otros afanes, la gente quedará desmandada y ello es grave, es siempre grave cualquiera que sea el prisma con que lo querramos analizar.

Yo admiraba las virtudes de las tropas niponas; las creía disciplinadas y sin embargo, me contaron en Manila que cuando la evacuación fueron de un salvajismo feroz. ¿Cómo es posible?. Nadie me lo supo explicar y como en realidad se admite siempre que el enemigo, más que salvaje es bestial, aunque sea más elegante que un regimiento escocés, decidí explicármelo yo mismo: Resulta que en el Nipón es doctrinal suicidarse cuando se fracasa. Si fracasa una compañía, si no ha alcanzado la cota 203 que le mandaron ocupar, tras una inteligente preparación artillera; si se ha filtrado alguno de los tanques que le mandaron detener, con una sabia organización del terreno, el capitán y por si acaso los tenientes, se suicidan, dejando a la compañía desmandada. Si se trata de una División, los suicidas son el General, el Mayor y todos los coroneles, que se sienten responsables del bombardeo a que han sido sometidos.

Las tropas desmandadas son siempre incontenibles, especialmente si son de color; de color eran para los nipones, los contingentes formosanos y coreanos, con el viejo prestigio de feroces, que no perdieron a pesar de los pacientes años de colonización, los feroces que en todos los ejércitos, se dedican para choque, en la invasión.

Dejo flotando este problema de las especialidades, por si alguien es capaz de resolver, para pasar a otro, el de los mandos superiores, este muy paliado, pues los asiste un Estado Mayor, como ya me había adelantado a decir.

¿Qué es un Estado Mayor?

Para mí el depositario de la doctrina engendrada, nacida, alimentada y desarrollada en la Escuela; para mí es por ello la Escuela, la cuarta de las Fuerzas Orgánicas.

Sin Escuela es imposible la doctrina, salvo cuando se posee un genio como Napoleón, pero la humanidad, según Poincaré, sólo produce un genio por siglo; sin la Doctrina que enseña, se hace imposible la disciplina que aprende; sin disciplina es inútil todo.

Así, el haz de fuerzas orgánicas se enmaraña, se enreda como las cerezas, se muerde la cola como las pescadillas fritas, para justificar el confusionismo de que hablé en un principio.

Y sabemos que si alguna de estas fuerzas se hace cero, rápidamente se convierte en cero todo el haz y en cero la resultante final, la Fuerza Militar: sin organización, para nada sirve la moral por elevada que sea, ni sirve el material, aunque sea Mark - 1992.

Particularmente a nosotros, nos preocupa que el cero lo aporte la Escuela, por que vivimos en riesgo: Poseemos cuatro Escuelas de Guerra, casi cinco, si incluimos como independiente a la Superior del Ejército. Las cuatro disciplinan con cuatro doctrinas. Si estas cuatro son diferentes, la resultante será peor que cero, será el caos.

Podríamos -por la vía del reservado- citar múltiples ejemplos, pero es preferible el mutismo que aparenta discreción y porque los conocéis todos igual que yo.

Pero como, por otra parte, las cuatro Escuelas de Guerra son imprescindibles, creo, como ya apunté en el reciente e importantísimo examen de conciencia del CESEDEN, que urge la federación. Si no se hace, creo cometeremos una grave responsabilidad, - muy grave porque nadie la va a exigir, salvo la Historia, que no perdona jamás, ni olvida.

No se crea que con ello se implantaría una dictadura cesedénica. No. Nunca sería, porque a la cordura la ayudaría...

Copiemos, alterando el menor número de palabras posibles, a D. José Almirante:

"Una Escuela forzosamente ha de prendarse de aquello que explica en cátedra; un autor, de aquello que trata en su libro; los esfuerzos del análisis, que detalla, siempre son a expensas de la síntesis que unifica y generaliza; de modo que es difícil adquirir vasta y fecunda doctrina en una sola Escuela o en un solo libro. Al que estudia -este sería el CESEDEN- le queda luego reservada la tarea, no muy fácil, de dar cohesión y enlace a lo que las diversas escuelas han explicado; de moldearlo a su criterio, de extraer las consecuencias, de asimilárselo, en fin, y hacerlo verdadera propiedad. Sería impertinente encomendar a otros estas delicadas operaciones. Las escuelas y los autores hacen bastante con explicar lo mejor posible la parte que les incumbe y es en ellos excusable la antipatía a toda discusión y el convenio de obediencia pasiva con - que admiten al neófito".

Mas en nuestro caso, no se trata de un neófito, sino de cuatro neófitos que van a servir a cuatro Estados Mayores con cuatro doctrinas distintas.

La aviación espera la victoria rápida, relámpago -Guerra de los Seis Días- destrozando, coventryzando, todo lo enemigo, haciendo añicos sus sembrados y sus fábricas, sus vías de comunicación y sus casas, es decir, destruyendo su agricultura, su industria, su comercio y sus viviendas, actividades todas cuatro eminentemente pacíficas y civiles. Esta fuerza, consagrada a ello, no es cruel porque encuentra su justificación, apellidando lo atacado con la palabra guerra, agricultura de guerra, industria de gue-

rra... y la encuentra también, juzgando muy cuerdamente que la retaguardia, las mujeres que hacen hilas, los viejos que alientan y los niños que esperan, son el soporte principal, casi el único, del Frente. El bombardeo estratégico, el bombardeo atómico, la cohetería intercontinental, la cohetería Polaris y tantas más, encuentran aquí el adjetivo de esenciales.

La Marina cree que alcanzará la Victoria lentamente, matando de hambre, poco a poco, al enemigo, tanto al humano como al material, por falta de alimentos y de materias primas, de combustibles y de algodones; alcanzará fatalmente la victoria -Primera y Segunda Guerras Mundiales- con el dominio del mar y su ejercicio positivo, aunque el ¡Fragatas!, ¡Fragatas! nelsoniano o el ¡Submarinos!, ¡Submarinos! de Doenitz, permanezca siempre como esperanza, ante la amplia gama de bloqueos, desde el más inocente, en el papel, hasta el más arriesgado, el cerrado, que ofrecen multitud de figuras. Los barcos grandes y los pequeños, encuentran aquí todas sus razones de ser.

El Ejército piensa que logrará la victoria con la invasión ocupando el territorio enemigo y esclavizando a sus habitantes, hasta que sus tropas pierdan la voluntad de luchar.

Es indudable que -aunque se equivoquen los alemanes- que es el Ejército el que está en lo cierto: La guerra se hace contra hombres, no contra edificaciones o contra estómagos. Además, aviación y marina no aportan riqueza, botín, a la Patria amada: Con las conquistas del Ejército, disponemos de más campos y de más fábricas, de más brazos esclavos a los que llamamos, por pudor, prisioneros.

Sólo el Ejército alemán, pudo intentar adquirir campos de trigo y campos de petróleo; ni la Marina ni la Aviación lo hubiesen logrado jamás, salvo con desembarcos -Noruega, Creta- que no son más que poner a un Ejército de brazos cruzados en actividad.

La expresión de victoria -lo sabemos desde niños- no es más que un soldado de infantería, de guardia a la puerta del ayuntamiento enemigo.

De ello que la primera obligación de la Marina es la de alimentar a este soldado y la primera de la aviación protegerlo; de aquí el gran interés de los ejércitos en poseer una poderosa Marina y una formidable Aviación.

Todo esto es simplista: Lo sé. Pero lo demás, lo complejo, sólo se plantea en las guerras sin frente: Nuestra bella guerra del Pacífico es caso típico. Pero a esto no le llamamos guerra sino represalia. De no ser represalia, con final previsto y concreto, a plazo fijo, las represalias, por eternas, se harían insolubles, faltas de plazas donde lidiar o de campos donde desplegarse.

En la federación que propugno, el C.F. EDEN daría al César lo que necesita. No autorizaría, doctrinalmente se entiende, que la Marina vegetase en el siglo XIX, cuando está ya casi vencido el XX; no permitiría que progresase el vocablo "coopera-

ción". Quizá las decisiones, insisto que doctrinales, del CESEDEN, produjese los frutos soñados antes de que nos diésemos cuenta y los más urgentes, la coordinación de las armas primero y su dosificación después.

El haz de fuerzas orgánicas, como todos los haces, posee múltiples enemigos - que no voy a registrar, pero permítaseme para terminar que me refiera a uno, como ejemplo, por ser uno de los más peligrosos.

Me refiero a la lisonja, delito previsto y penado en las Siete Partidas que setiene olvidado, sin duda porque los códigos modernos los han suprimido.

La lisonja es grave.

El coronel D. Manuel Craywinckel, Capitán de las Reales Guardias Walonas y Fiscal militar en el Consejo de Guerra presidido por el Teniente General Conde de Aranda, acusó de lisonjeros, con arreglo a lo previsto y penado en las Siete Partidas, al Mariscal de Campo D. Juan Prado, Capitán General de la isla de Cuba y Gobernador Militar de la Habana y al Jefe de Escuadra Marqués del Real Transporte, Comandante General de la Escuadra de América Septentrional. (1)

(1) Sobre el engaño o lisonja a la Majestad, por las seguridades que dio al Gobernador en sus cartas reservadas al Ministerio, pueden adaptársele las leyes 5ª Tit. 13 Partida 2ª y la 2ª Tit. 7 Partida 7ª. Dice aquélla: E porende el Pueblo a semejante desto, dixeron los Sabios deuen siempre dezir palabras verdaderas al Rey e guardarse de mentirle llanamente o dezir lisonja que es mentira compuesta a sabiendas. Y esta otrosi: que aquel que dize a sabiendas mentira al Rey faze falsedad.

Y como ellas concuerdan más propiamente para este caso la ley 7ª del citado Tit. 13 Partida 2ª; porque tratando de cómo los vasallos deben servir al Rey y aconsejarle, se explica así: Onde los que a sabiendas le aconsejasen mai faziendole entender vna cosa por otra: asi como lo que fuesse ligero de acabar encaresciendolo porque ouviese y a meter grand costa e grand mision e lo que fuesse graue, poniendogelo por ligero, farian grand yerro Ca si fuesse ome honrrado el que lo fiziesse deue ser echado de la tierra e perder lo que ha.

Ello es cierto según queda ya anotado en el 2º cargo que esta inconsiderada seguridad que dio a la Corte D. Juan de Prado, pudo ser de fatales consecuencias atendidas las circunstancias en llegó su carta de 20 de Mayo de 1762 y que no puede servirle de disculpa, que la dirigiese confidencial al Ministerio, porque para el efecto era lo mismo, y nunca debió presumir que se reservase a la Soberana comprensión del Rey. Pero también es cierto que en la misma acción, pidió nuevos socorros de tropa, artillería y municiones, y que por la verdad no se descubren otros motivos, ni causas de aquella facilidad, que los de una ligera e infundada confianza que tuvo sobre la opinión ya exenta -

de que los enemigos no harían en aquel tiempo la expedición, y que nunca les sería posible desembarcar en las inmediaciones de La Habana, - por lo que cree el Fiscal, que tampoco en este punto se puede adaptar rigurosamente la citada ley; faltando en la culpa la malicia y premeditación que la caracterizan.

Concluye el Fiscal por el Rey, a que el referido Mariscal de Campo D. Juan de Prado, sea condenado por la Junta, a la privación de su empleo, a indemnizar a S.M. la pérdida de caudales que se entregaron a los ingleses y a destierro al arbitrio del Rey, arreglado a lo que previenen las leyes 5, 6, 9 y 16 del Tit.13 Partida 2ª, y 36 Tit 15 Libro 5º de la Recopilación de Indias y todas quedan arriba compendiadas.

No valió que alcanzaran la cima de la gloria los Capitanes de Navio D. Luis de Velasco y Marqués de González; no valió que las tropas de Marina conquistaran el galón de oro para sus cabos, que conservaron con orgullo desde entonces hasta terminada la guerra de Liberación. (2)

(2) ...durante la Expedición y Sitio sólo se hizo por salvar la plaza y la escuadra la gloriosa Defensa del Morro, que se debió a la pericia, esfuerzo y valor de D. Luis de Velasco, el marqués de González y demás oficiales de nota, que sacrificaron sus vidas en honor de las Armas del Rey y crédito de la nación española, que pudo haber servido de ejemplo para posteriores esfuerzos...

No. El General y el Almirante habían lisonjeado al Rey; mintieron al Rey para halagarlo. El Rey, como cualquier otro mortal, no supo resistir los tres golpes de botafumeiro y se decidió a entrar en la guerra que ahora se llama de los Siete Años, - demasiado tarde, cuando ya no podía salvarse nada; cuando ya era sólo capaz de compartir las desgracias de su querida Francia, pero entró convencido de que La Habana, objetivo cantado era invulnerable.

Prado y Hevia, con sus lisonjas, traicionaron al Rey, a la política del Rey, a la estrategia regia.

La lisonja es muy grave, porque contagia en los países lisonjeros cuando se utiliza como método práctico de aumentar los puntos en los baremos personales; cuando se usa como método seguro de obtener mandos o destinos de conveniencia.

Este delito, que hace siempre dudar de la nueva fe del subordinado informal, - recomendado o protegido; este delito que aumenta las dosis de candor y buena fe del mando informante, recomendante o protector, ha desembocado a veces, en nuestras fuerzas orgánicas, en indisciplinas o, lo que es peor en desuniones.

Había que condenar a muerte a D. Diego de León. Para condenarlo se requería un Consejo de Guerra y para este Consejo, se necesitaba un Presidente. Es fama que como los cuarenta y tantos Tenientes Generales y Mariscales de Campo de los Reales Ejércitos que había en Madrid, se negaron a aceptar el cargo, D. Baldomero Espartero, Regente del Reino nombró al Jefe de Escuadra D. Dionisio Capaz, de turbia historia ayacucha y masónica: D. Dionisio había sido uno de los Siete Niños de Ecija, cuando se formó el Gobierno de este nombre.

Esto no fue lo peor. Lo peor fue que empatados los votos, D. Dionisio, con el suyo y en contra de lo que las leyes y prácticas de los procedimientos militares determinaban en estos casos, decidió el fusilamiento del ilustré Conde de Belascoain.

Comprendemos que las pasiones políticas deshacen la disciplina que se aprende, porque se ha deshecho la doctrina que se enseña, pero aún así, como no era doctrinal pasar por las armas a la primera lanza de la Reina, era indisciplinado el hacerlo en cualquier caso, incluso, aunque fuera en aras de la lisonja debida al Principe de Vergara.

Este, agradecido, lo ascendió a Teniente General de la Real Armada, pero blanco de la general censura de sus compañeros y subordinados, no pudo aceptar la distinción, viéndose obligado a renunciar al empleo.

Poco duraron el Regente y Capaz; ambos huyeron para convertirse en exiliados.

Pero ambos regresaron con la Revolución y entonces el marino, acepto el ascenso mismo que antes renunció. Ello le valió, para mayor inri, llegar, por vacante, a Capitán General de la Armada.

La Marina, ciento veintisiete años más tarde, continúa avergonzada de haber tenido en sus listas a esta Almirante ayacucho y masón.

Aunque le consuela el que también fusilase al Teniente de Navío D. Manuel Montes de Oca, de 36 años de florida y romántica edad, porque D. Manuel se dejó ajusticiar en Vitoria, por el mismo delito de lealtad que D. Diego de León, por disciplinado, por estar adornado con todas las virtudes orgánicas.

Y nada más que ya es bastante.

LAUS DEO

Se abre el debate.

- - - - -